

relevante en el panorama de la historiografía española. Se trata de una monografía que habrá de ser tenida en cuenta ineludiblemente en una futura reinterpretación de la crisis del sistema español de la Restauración que algunos autores ya han reclamado.

*Ignacio Arana Pérez*

AVILÉS FARRÉ, Juan, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Eudema, Madrid, 1994, 229 pp.

Sentencia grave, pero juiciosa, la que encabeza las conclusiones del reciente libro de Juan Avilés, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*: «Quienes rigieron la política exterior de Francia y Gran Bretaña en los años treinta no escribieron páginas gloriosas en la historia». El largo camino de retrocesos ante la agresividad internacional de las potencias nazi-fascistas, que empezó el 7 de marzo de 1936, con la remilitarización alemana de Renania, y acabó, demasiado tarde, el 30 de marzo de 1939, con la garantía británica de la independencia polaca, tuvo en la Península ibérica un magnífico banco de pruebas, fatal para el régimen de la II República española.

La tesis central del libro de Avilés, es que Gran Bretaña y Francia tuvieron «una influencia de primera magnitud» en el desarrollo (y resultado, por tanto) de la guerra española, pero «mucho más por lo que dejaron de hacer que por lo que hicieron». Las razones de ambas potencias para «consentir» la intervención nazi-fascista del lado de Franco fueron diferentes, pero resultaron igualmente perjudiciales para la II República española. Pues bien, el trabajo de Avilés (adelanto ya, que excelente) se centra precisamente en reconstruir dichas razones, explorando el nexo de unión de los intereses divergentes de las dos potencias democráticas occidentales, que se resumen en uno: evitar a todo trance la guerra general europea.

La política de Francia ante la contienda civil española quedó definida en las dos o tres semanas siguientes a la sublevación militar, manteniéndose de manera invariable hasta el final de la misma. El jefe de Gobierno francés, el socialista Léon Blum, propuso a sus colegas europeos la adopción de una política de «No intervención» en los asuntos españoles, cuyo objetivo real era evitar la participación de las potencias fascistas al lado de Franco a cambio de abstenerse de hacerlo las democracias a favor de la República. A la hora de determinar las razones por las que Francia no fue capaz de asumir una política más decidida a favor del gobierno legal de la República, con quien el país vecino mantenía relaciones diplomáticas amistosas y a quien le ligaban acuerdos políticos y tratados comerciales vigentes, Avilés destaca, en primer lugar, su división política interior. Una Francia dividida en el interior (y gravemente amenazada en el exterior) no podía convertirse en el mejor soporte de España. Las fuerzas de derecha se opusieron a

toda ayuda a la República española por oposicin de principio a los dos Frentes Populares en el poder en España y Francia; sostenían que la ayuda a España equivalía a hacer el juego a la URSS, dar a Alemania e Italia un pretexto magnífico para intervenir en la península, y dejar a Francia en el más completo aislamiento; de manera inmediata el anticomunismo se transmutó en antisovietismo y la derecha se alzó contra los «rojos», convirtiendo a Franco en el defensor del orden social. La extrema derecha de *l'Action Française* de Maurras y el PPF de Jacques Doriot fueron, lógicamente, más lejos en sus apoyos ideológicos a Franco. La derecha católica se sumó también al carro de los profranquistas impresionada por el anticlericalismo de los republicanos españoles y por el posicionamiento favorable al general rebelde del episcopado español. Muy pronto, sin embargo, hombres como François Mauriac, Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Georges Bernanos o Georges Bidault, harán esfuerzos para separar a la Iglesia católica del lado de Franco. Los partidos de izquierda se dividieron a la hora de determinar el mejor camino para ayudar a España, sin perjudicar a Francia. El Partido Comunista fue el único que apoyó firmemente a la República. La guerra de España, pues, se convierte en algo doméstico, cotidiano, en la vida de los franceses, encendiendo, y dividiendo, los espíritus como ningún otro conflicto exterior en su historia reciente.

Un segundo elemento explicativo de la postura francesa lo constituye su situación económica de Francia: en aquellos momentos, la grave crisis financiera gala imponía un estrecho margen de maniobra al gobierno Blum; la devaluación del franco que acomete el Frente Popular para restañar los efectos de la crisis pone a Francia en abierta dependencia de la ayuda anglosajona, poco proclive a sostener a Francia en «aventuras» exteriores. No habría que dejar de atribuir, en tercer lugar, un papel decisivo a la maquinaria administrativa francesa, sobre todo la del Quai d'Orsay, cuyos funcionarios de tendencia conservadora desempeñaron un papel de primer orden dada la inestabilidad ministerial de aquellos años.

No obstante, esta suma de circunstancias no hubieran bastado a determinar la política exterior francesa de no haber mediado un último factor, decisivo: la dependencia británica en la acción internacional de Francia. Como sostiene Avilés, en las circunstancias del momento histórico que le toca vivir a Francia en el periodo de entreguerras, la colaboración estrecha con Gran Bretaña se convierte en el eje de la política exterior francesa. El axioma de la Entente franco-británica se convirtió en algo común a todas las fuerzas políticas francesas, con alguna excepción como el Partido Comunista o elementos de la extrema derecha. Blum, entre otras cosas, estaba convencido de que su país no podría proyectar una defensa eficaz contra una agresión alemana si la flota británica no aseguraba la libertad de las comunicaciones marítimas (vital para mantener abiertas sus conexiones con las colonias en Africa ), y de sobra sabía también que si algún día era precisa la ayuda norteamericana para salvar a Francia, ésta no sería alcanzable sino por intermedio de Gran Bretaña.

Según Avilés, el estallido bélico español, y la complicación en el mismo de las potencias revisionistas europeas, Alemania e Italia, condujo inmediatamente a Francia a situar el problema en términos de seguridad nacional. Pocos días antes

de la sublevación, el embajador francés en Madrid, Jean Herbet, definía con precisión las repercusiones para su país de un hipotético vuelco de la situación en España: ésta no es sólo «un factor de primer rango» en todo conflicto en que Francia pudiera verse implicada, sino «uno de los elementos esenciales» para su país. La neutralidad española, cuando menos, le era vital a Francia: «una monarquía española, restablecida bajo la influencia de Italia, sería para nosotros un rival, incluso un adversario peligroso, situado entre los Pirineos y Marruecos». Pero ¿qué hacer para impedir esa amenaza potencial sobre su tercera frontera, cuando —como concluye el autor—, «ni Daladier ni Blum podían ignorar que para la derecha francesa la ayuda de su país a la revolución española habría sido una monstruosidad, (ya que) tal decisión habría creado en la propia Francia un clima de agudísimo enfrentamiento interno»? La impotencia y la inseguridad francesas se tradujeron en someterse a lo que René Girault llamó en su día «la *gouvernante britannique*».

La dependencia francesa de la política británica en aquel periodo está hoy fuera de toda duda, pero hay que leer el libro de Avilés para seguir la minuciosa, a la vez que apasionante, reconstrucción de las presiones británicas sobre el Quai d'Orsay y sobre el Gobierno francés dirigidas a impedir una intervención francesa al lado de la República española. Baste citar la decisiva acción del embajador británico en la capital francesa, Eric Phipps, cuando la víspera del *Consejo Permanente de la Defensa Nacional* francés, de 15 de marzo de 1938, en que se iba a discutir una eventual intervención en España, aconsejando a Blum una intervención «hipócrita» a favor de la República española. Al final, Francia debió plegarse a la política de Gran Bretaña en una situación de inferioridad que le privó de posibilidades propias. Álvarez del Vayo, Ministro español de Exteriores, habló de «acatamiento absoluto» de Francia a la política «apaciguadora» del premier británico Neville Chamberlain.

Pese a todo, la política francesa de no-intervención se tradujo, en la práctica, en lo que el mismo Blum llamó la «*non intervention relâchée*», es decir, en la política de hacer la vista gorda al paso de material de guerra soviético por la frontera. La República española se resignó a aquella política como mal menor, presionando todo lo que pudo a los gabinetes franceses para que hicieran oídos sordos de las indicaciones inglesas dirigidas a forzar el cierre de la frontera. Del tráfico por Francia dependió la vida de la República española desde el momento en que la acción submarina italiana en el Mediterráneo dificultó la navegación soviética hacia los puertos del Levante español. Facilidades y dificultades en la frontera a tenor de la situación internacional y de sus compromisos con la Gran Bretaña: tal fue la opción francesa, y esto mismo es lo que le lleva a Avilés a concluir, con todo acierto, que «la aportación decisiva de Francia a la resistencia republicana se produjo cuando en 1938 ofreció su territorio para el paso de los suministros bélicos que Stalin no se atrevía ya a mandar por el Mediterráneo. Sin ello es probable que la guerra hubiera acabado un año antes». De toda esta política Francia dedujo, lo que en su día el profesor Duroselle definiera como «*échec moral et succès diplomatique*».

La política de No Intervención nació en Francia, por las razones expuestas, aunque Avilés no duda del papel decisivo que Gran Bretaña tuvo en la adopción

de tal decisión. El amplio debate historiográfico de hasta qué punto hubo advertencias formales británicas a Francia en los críticos días de fines de julio y primeros de agosto, en los que el Gobierno del socialista León Blum vacilaba en la política a seguir, puede quedar ya cerrado a partir de la ordenación de acciones de todo tipo que establece Avilés, empezando por la advertencia hecha, el 7 de agosto, por el embajador británico en París Sir George Clerk al ministro francés de Asuntos Exteriores, Ivon Delbos, del «peligro de cualquier acción que pudiera definitivamente comprometer al Gobierno francés con un bando del conflicto y hacer más difícil la estrecha cooperación entre nuestros países que reclamaba esta crisis».

Cuando la No Intervención «francesa» se puso definitivamente en marcha fue precisamente en Londres donde, el 9 de septiembre de 1936, se constituyó el Comité encargado de supervisarla. A partir de entonces, y a diferencia de Francia, que practicó «la no intervención atenuada», Gran Bretaña aplicó siempre la no intervención «estricta» (Avilés), y permanente, ya que el Gobierno británico no llegó a replantearse nunca su política ante el conflicto español a lo largo de la guerra, aunque fuera evidente que Alemania e Italia estaban incumpliendo el acuerdo de No Intervención. En este orden de ideas, Avilés concluye que «los sucesivos gobiernos británicos nunca se apartaron de una línea de conducta basada en la convicción de que el triunfo de un bando u otro en España era secundario respecto a la cuestión fundamental de evitar que el conflicto diera lugar a una guerra europea». Ciertamente, Gran Bretaña aceptaba que el resultado de la guerra civil española era preocupante sobre todo por la amenaza que implicaba para su aliada Francia, y, por ello, estaba dispuesta a ofrecer seguridades a ésta siempre que no se dejara arrastrar al reñidero español.

La política británica de evitar la guerra en Europa llevaba un nombre, *appeasement*, e implicó una estrategia de apaciguar a los dictadores dándoles satisfacciones. La percepción errónea de dicha política fue creer que Mussolini y sobre todo Hitler perseguían objetivos parciales cuando en realidad eran totales, y por ello el *appeasement* condujo a resultados catastróficos. La comprobación de que en España se habían equivocado fue demasiado tardía.

El *appeasement* británico se llevó por delante a Anthony Eden, Secretario del *Foreing Office* (que se vio obligado a dimitir el 20 de febrero de 1938), y produjo serias discrepancias en el seno del poder en Gran Bretaña. Pero las diferencias aquí y allá, la oposición sincera del laborismo a la continuación de una política que beneficiaba a Franco (sin por ello reclamar el fin de la no-intervención), la evidencia cada vez más clara de que la victoria del bando franquista constituía un serio perjuicio para Francia, la aliada de Gran Bretaña, no impidieron que el Gobierno Chamberlain-Halifax profundizara en ella, y ya sin el obstáculo de Eden, pudo poner en práctica un acercamiento a Italia que supuso la aceptación de la intervención fascista en la guerra española. La presión sobre Francia, para evitar cualquier implicación de ésta en la guerra se redobló, y fruto de la misma fue el cierre fronterizo decretado por Daladier el 13 de junio de 1938. Bonnet confesó días más tarde al embajador Pascua que en el cierre habían intervenido las «recomendaciones» británicas.

La «ilusión» de evitar la guerra general fracasó al poco tiempo. En definitiva, en España todos intervinieron, o dejaron hacer, es decir, consintieron. Avilés lo subraya, demostrando con ello las dos grandes potencias occidentales que sus recursos internacionales resultaban plenamente insuficientes en aquella coyuntura. *Pasión y farsa*, de Juan Avilés Farré, reconstruye todo este escenario de una manera concluyente y especialmente seria: su investigación archivística (en el Public Record Office británico, el Quai d'Orsay francés, en el Palacio de Santa Cruz español, en el Archivo General de la Administración de Alcalá, y en varios fondos particulares) resulta esclarecedora de algunos aspectos oscuros de la cuestión; la bibliografía utilizada es de una dimensión más que generosa. En fin, nos hallamos ante un libro decisivo para entender la política internacional del período de nuestra guerra civil y para situar correctamente las razones que empujaron a unos y otros para actuar como lo hicieron.

*Ricardo Miralles*

RAGUER, Hilari, *El general Batet*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994, 420 pp.

Domingo Batet no es famoso, pero sí fundamental en nuestra historia de los años 30, como máxima autoridad militar de Barcelona, en octubre de 1934, y de Burgos, en julio de 1936. En el primer caso contrapesaba a Companys, Presidente de la Generalitat; en el segundo, era jefe directo del general Mola, cerebro de la conspiración contra la República. En ambos casos se opuso a los movimientos insurreccionales, con fortuna cambiada. Neutralizó fácilmente a Companys y el gobierno republicano le recompensó con la Gran Cruz Laureada. En cambio, fue incapaz de contener a Mola y los sublevados le fusilaron como culpable de rebelión militar.

Su vida sencilla y dramática ha motivado una biografía de Hilari Raguer cuya primera edición ha sido un éxito. El autor desvela a ese general, dibujado en gris, y cuya figura adquiere la grandeza de los hombres humildes.

Aunque excombatiente de Cuba, Batet no se convirtió en un africanista, de los que acudieron a Marruecos a sacarse la espina del fracaso colonial, con una mezcla de valor y picaresca. Miembro de una burguesía acomodada provincial y sin relumbrón, vivió como otros tantos militares metropolitanos.

Hasta que le nombraron instructor del célebre expediente Picasso, que depuraba las responsabilidades del desastre de Annual. Obediente miembro de un ejército anticuado, cumplió su cometido hasta desvelar las miserias de la guerra de Marruecos, lo cual le malquistó, para siempre, con sus compañeros africanistas. Por otra parte, ser liberal, catalán y enemigo de Primo de Rivera eran ya títulos sobrados para hacerse odiar por las facciones más conservadoras del cuerpo de oficiales, durante las tensiones que agitaban la época.